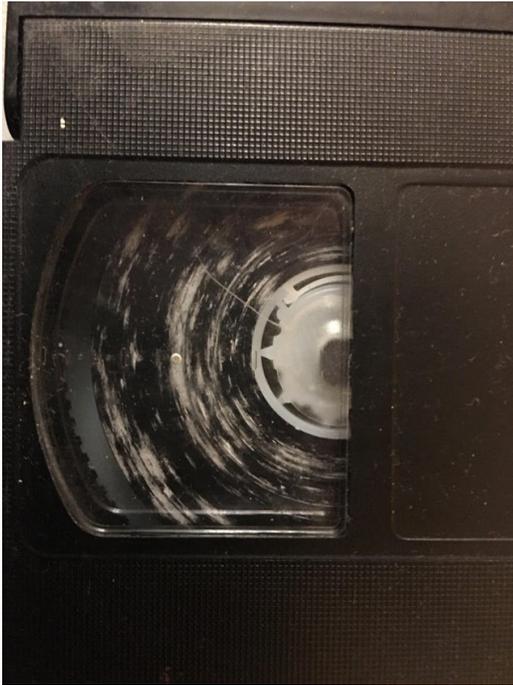


#### 4. El frasco

por Carla Zaccagnini



En la casa de São Paulo, con piscina, había un cofre escondido detrás de un tomacorriente. Lo que parecía ser el orificio neutro o el vivo o la conexión a tierra, era en realidad una cerradura. Girando una larga clavija era posible retirar toda la caja metálica de la pared. En el agujero quedaba la llave para revelar lo que aprendimos a llamar "los dólares del ladrón". La idea era que, en el caso de que entraran a la casa bandidos armados, luego de cierta resistencia cuya duración debería ser definida in situ, se les entregara el contenido de ese cofre.

El verdadero tesoro, entretanto, estaba mucho mejor guardado. Los ahorros, en dólares y algunos marcos alemanes, estaban enrollados formando cilindros de igual altura y diversas espesuras, dentro de un frasco de plástico con una tapa de rosca que recuerdo roja, sellada con silicona. El frasco estaba enterado, como buen tesoro, en un pozo tapado con una capa fina de cemento, escondido bajo el bidet, en la suite de mis padres. Al baño, a su vez, se entraba por una puerta que quedaba detrás de otra puerta. Casi un pasaje secreto: en una pared cubierta de armarios, el tercer ropero era un pasillo.

Los baños de esa casa eran enormes, casi del tamaño de las habitaciones. Y en ese entonces todavía tenían los pisos, azulejos y artefactos elegidos por los habitantes anteriores, al final de los años 1970. En este baño el piso era color ladrillo y los azulejos eran naranja claro, más intenso a los costados, más suave en el centro, y tenían arabescos blancos formados por puntos, semejantes a semillas de sésamo, en relieve. Esa madrugada los encontré cubiertos de dólares, en pedazos.

Mi abuela materna acostumbraba a secar así los pañuelos. Los lavaba y los ponía sobre los azulejos, estirándolos bien con la presión de sus dedos largos. Se pegaban por el agua y quedaban "planchaditos", decía. Pronunciaba esa palabra con algo de orgullo encubierto, una sonrisa que en ella no era común. Como un científico podría explicar a un colega, en voz baja, en el bar, los resultados envidiables de un experimento del que no quiere alardear y hace entonces relucir a medias, entre otros temas, bajo otros ruidos.

Mi padre había comprado un lote de autos y necesitaba dinero. Desatornilló el bidet y lo hizo a un lado. Rompió el cemento y retiró la tierra. Desenroscó la tapa, metió la mano y la volvió a sacar de inmediato. Adentro del frasco, la plata se había convertido en una pasta, como si hubiera vuelto a un estado anterior. Del polvo al polvo, pero más húmedo.

Uno a uno, o más bien, fracción a fracción, los fue despegando. Como si pelara de a una las capas de una cebolla muy fina y quebradiza. En el centro se encontró con una bola que ya era un objeto sólido, como el carozo de una palta que también encierra sus secretos. Los billetes que pudo rescatar los fue pegando en los azulejos, en pedazos. Ahí estuvieron todo el día siguiente, y tal vez uno más. Mi padre recuerda haberlos planchado; yo creo que no hubiera sido necesario.

Llamó a su amigo Jorge, el que era casi como un hermano, y él vino de Buenos Aires para acompañarlo a Nueva York. Por más planchado que se encuentre, el dinero que ya estuvo mojado ocupa más espacio, requiere más aire a su alrededor (como si temiera volver a ahogarse). Acomodaron los dólares dentro de cajas de películas VHS, que fueron encajando entre ropa en las valijas. Me imagino esas cajas de plástico que se abrían como libros. Si coinciden las fechas, es posible que hayan sido las de los muchos títulos que compró mi padre al videoclub del barrio, cuando se empezaron a usar los DVDs y tuvieron que sustituir todo su acervo. Había de todo, de Blanca Nieves a Amarcord. Las películas se fueron humedeciendo de a poco, se veían las líneas blancas en espiral acompañando la cinta enrollada a ambos lados. Ya nunca las rebobinábamos, como había que hacer antes, al momento de devolverlas.

En el Banco de Galicia abrieron una cuenta y pudo depositar la mitad más pasable de los dólares, los que estaban "rotos pero enteros", como canta Nacha Guevara en Vuelvo. Los demás los llevaron en tren a Washington, para cambiar en la Moneda Nacional.

En la primera oficina les indicaron otra. Pero, al salir y ver un banco en la esquina, se les ocurrió tratar de depositarlos allí y ahorrarse un nuevo viaje en taxi. Empezaron con mostrar dos billetes de cien. La señorita se fue a consultar adentro y se tomó su tiempo. Volvió diciendo que tuvieran la bondad de esperar, que ya llegaría alguien del personal para ayudarlos. Que no, mejor no salieran a almorzar.

El personal era un hombre y una mujer, jóvenes, altos y bellos, según la descripción que obtuve recientemente. Les preguntaron si tenían más billetes, les preguntaron cuantos más, quisieron escuchar la historia, les pidieron que los acompañaran. Se subieron a un sedan azul (me lo imagino oscuro y metálico). Las puertas traseras no tenían manijas por dentro, ni controles para abrir las ventanas. Haría calor en cualquier mes del año. Llegaron a un garaje y fueron recibidos por señores en trajes negros. Los acompañaron a una pequeña sala que ostentaba en la pared una inscripción avisando: "todo lo que diga podrá ser usado en su contra". Los invitaron a sentarse en dos sillas atadas al suelo con cadenas plateadas. En frente se les sentó uno de los señores, desabrochando el traje de modo que se viera asomar la culata de una pistola.

Prácticamente las mismas preguntas. Que cuántos eran. Que por qué los traían escondidos, disfrazados de películas. Que por qué no los habían declarado. Eran 30.050 dólares, viajaban escondidos porque en nuestros países estaba prohibido tener dinero extranjero, y sí, los habían declarado, dibujando una cruz donde decía "más de diez mil". Nadie les había preguntado cuántos, hecho confirmado por algún funcionario de aduana.

Salía y volvía. Se mecía en la silla. Miraba a un costado. Una media sonrisa. ¿Quiéren contratar un abogado? Salía y volvía. Serio. Son todos falsos. Se mecía en la silla. Eso no puede ser, con todo respeto, fueron adquiridos en años diferentes, de procedencias diferentes, no pueden ser todos falsos. Salía a volvía. Acomodaba el saco al sentarse. Serio. La mitad son falsos. Los miraba a los ojos. Tampoco puede ser, como le dije, llegaron a mis manos en momentos diferentes, en lugares diferentes. Además, nosotros conocemos los dólares, hemos fabricado un aparatito, vea usted que interesante, que reacciona a la tinta magnética y avisa si un dólar no es real. Se acomoda en la silla, estirándose hacia atrás. Llamen mañana y les daremos noticias. Les sugerimos que no dejen Washington. Les recomienda un hotel.

Vale aclarar que todo esto lo rememora quien cree haber planchado los dólares, y tal vez uno que otro marco, ya estirados por el contacto prolongado con los azulejos. Puede que nada haya ocurrido así.

Llamó Jorge a las diez de la mañana y aun no tenían noticias. Llamó más tarde de nuevo y los estarían esperando. Los hicieron sentar en sillas sin cadenas y recibieron un sobre pardo, pedidos de disculpas, un beso en la mejilla de una joven alta y bella, deseos de buenas tardes y la dirección correcta de la Moneda Nacional.

Me imagino un salón con piso de mármol, en tonos de gris. Los recibió una mujer, ni simpática ni antipática, el cuerpo ancho, la piel oscura. ¿Cuánto hay? Llenó un recibo con los números y letras correspondientes a la suma mencionada, sin ni siquiera espiar adentro del sobre.

Un mes más tarde llegó un cheque por correo.